

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

Acariciando el rostro de las estrellas.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

<http://imperiobizantino.wordpress.com/>



Acariciando el rostro de las estrellas.

Extracto: *Constantinopla¹, 29 de mayo de 1453. Madrugada. Hace casi dos meses que la gran capital cristiana del Bósforo se encuentra bajo asedio, rodeada por mar y tierra por una poderosa aunque variopinta fuerza de casi ciento cincuenta mil soldados turcos. Los defensores, arañando hombres de aquí y allá, apenas han logrado reunir la decepcionante cifra de siete mil efectivos que yacen distribuidos en puñados a lo largo del perímetro amurallado. Pero combaten con ardor, inclusive soportando el fuego de un arma que está dando sus primeros pasos en la Historia: la artillería pesada. Con la batalla de trasfondo, una típica familia bizantina vivirá la tragedia de ver a su mundo desaparecer, descubriendo que en pleno alborear las estrellas aún pueden acariciarse en el rostro.*

I

Medianoche

La humedad que ha descendido en la noche a través de densas columnas de vapor, al cabo termina solapando, sudor mediante, la tela de los vestidos con la piel de los vigías y de los pocos transeúntes que aún quedan en la calle. Todos se mueven con frenesí poniendo algo de tinte a esa oscuridad recia que parece dispuesta a engullirse hasta las ratas de los alcantarillados, que sin embargo se resisten a quedar en el ostracismo a fuerza de sonoros chillidos. El emperador, para desorientar a los atacantes, ha ordenado reducir al mínimo el número de candelas encendidas con tal de no delatar los movimientos dentro de la ciudad. Es que una saeta enviada desde extramuros, quizá por un servio renegado, ha alertado que en horas de la madrugada el sultán Mehmet² se jugará la jornada en una sola mano: atacará la capital imperial con todo lo que tiene a su alcance.

En el barrio de Fanarion³, Zoe, la madre de José, ha encomendado a su hijo que cumpla con la misma rutina de las últimas noches: cargar dos pequeñas cestas consigo, cubiertas hasta el tope con pan, bizcochos y algunas frutas, y llevarlas donde su padre, en una de las torres que guardan la puerta de San Román civil. La mujer tiene unos cuarenta años y pese a haber parido a una muchacha y dos varones, luce como en sus dulces dieciséis, cuando Manuel Chrisostomou, su marido, comenzase a cortejarla pese a la resistencia de sus padres y hermanos. Por imperio de las circunstancias, los luceros de esa noche solo pueden dar fe que dónde antes había cinco personas, ahora solo van a quedar dos debido a la inminente partida de José. Con Manuel en San Román y el hijo mayor, David, en la zona de las Blaquernas, la única compañía que quedará a Zoe será la de su hija, Dimitra, de apenas once años.

Entretanto, en San Román, Manuel aprovecha el resplandor de las hogueras de extramuros para mirar en dirección a Filopation⁴. Allí, en el campamento del sultán, los turcos se han entregado a una orgía de oraciones y genuflexiones que no hacen más que delatar los planes que su señor guarda para las primeras horas del nuevo día. A espaldas del campamento otomano, el vigía alcanza a observar cómo un puñado de estrellas lucha por abrirse paso en el horizonte, en medio de un cielo enjaezado de nubes

azuladas y rojizas. “Habrá viento mañana, quizá lo suficientemente fuerte como para llevarse esta condenada humedad” alcanza a murmurar Manuel antes de echarse de espaldas contra las macizas aunque maltratadas paredes del microteíchon⁵. Si bien es cierto que desde comienzos de mayo ha venido disparando saetas desde lo alto de una de las vigorosas torres que flanquean la puerta interna, el capitán de la guarnición le ha hecho saber que en esta ocasión le quiere portando la espada en el puesto ubicado en el segundo peribolos⁶. Estará por tanto situado casi en la primera línea de fuego en la gran batalla que se avecina, por que del foso que había delante ya no quedan trazas luego de que los turcos lo rellenasen con los cadáveres de sus caídos. Y menos aún de la contraescarpa, que ha sido volada por los cañones del sultán durante los primeros días del asedio. Como el número de arqueros y ballesteros que suelen disparar desde lo alto del megateíchon⁷ se ha visto reducido ante la necesidad de fortalecer el segundo peribolos, Manuel le pedirá a José que esa noche se quede a su lado. Le ha enseñado a manejar el arco y ha aprendido tan bien que sus superiores no pondrán reparos en que un niño de trece años se incorpore a la escuálida guarnición de San Román.

La medianoche está en ciernes cuando Zoe sale por enésima vez de su casucha de madera en busca de José, que juega en la calleja con sus amigos de toda la vida. La disciplina en el ámbito familiar se ha relajado desde que los turcos pusieran sitio a la ciudad en abril pasado, dado que Manuel apenas obtiene permiso para abandonar su puesto en las murallas. No obstante, su ausencia circunstancial ha ayudado positivamente a desarrollar el carácter de José, que ha debido asumir responsabilidades que no se condicen con su edad: ayudar a reparar las murallas, llevar provisiones a la guarnición, repartir en la ciudad las menudencias que emergen del racionamiento y hasta colaborar con su hermana en la limpieza del hogar. Pero las juntas con sus amigos siempre le devuelven irremediabilmente a las horas sonsas de su in extremis adolescencia. Y es por ese motivo que Zoe ha debido abandonar una vez más su acogedora saleta para recordarle a su hijo que debe marchar cuanto antes hasta San Román. Solo que ahora le amenaza con colgarle el arco como castigo para que ya no pueda dispararle a las peras y manzanas del puesto de verduras ubicado calles abajo de Santa María de los Mongoles⁸. Eustaquio el hortelano seguramente le agradecerá el gesto en los días venideros, sobre todo con la carestía de productos que el asedio está causando.

–Ya voy, madre, ya voy. Es que no podéis aguardar un momento más –replica José visiblemente molesto ante el insistente llamado de Zoe, y agrega: –Uffff, ¡qué mujer insoportable!

Allí afuera, la noche está apacible, aunque la atmósfera está algo pesada y asfixiante. De todas maneras, la charla con sus amigos es de lo más amena y el tema central son las últimas novedades de la batalla que se está librando desde ya no recuerdan cuando. Y es que en términos juveniles las horas parecen semanas y los días, años, y por eso pierden la cuenta del tiempo. Muy cerca todavía se ve gente caminando entre la penumbra, procedente de las distintas iglesias de la ciudad, aunque la gran mayoría llega de Santa Sofía⁹, donde en esta ocasión no se ha objetado si el cura oficiante era romano u ortodoxo. José les ve pasar reparando apenas en sus gestos, en sus facciones, ya que toda su atención ahora está enfocada en el relato de Esteban, uno de sus amigos, que se deshace en detalles contando cómo los defensores fastidieron a los turcos cuando éstos pretendieron arrimar una gran torre de madera contra los muros. A último momento, justo antes de tomar envión y salir disparado a buscar las vituallas que ha de llevar al puesto de su padre, el muchacho descubre porqué da tantas vueltas al asunto, eludiendo las órdenes de su madre. Su casa está calles arriba de Santa María de los Mongoles, casi en la cima de una de las colinas más pronunciadas de la ciudad. Bajarla corriendo no es el problema... el problema es remontarla todos los días al regresar desde el llano. Pero debe marcharse ya. Palmea a sus amigos en el hombro, les deja las mejores bendiciones que se le ocurren y parte raudo, para no dar más dolores de cabeza a Zoe.

En el interior de la casa, José se apresura a distribuir el peso de las cestas mientras su madre literalmente le aturde con recomendaciones y mensajes que debe transmitir a su padre. Por fin, cuando ha logrado equilibrar la carga, le pide a Zoe que cuelgue de su espalda el versátil arco que Manuel le obsequiara unos meses atrás, y que deposite una buena provisión de flechas en el tarkasion¹⁰ que ha ceñido a su cintura con poca prolijidad y a la usanza árabe. Su súplica es respondida con singular premura; José es la debilidad de su madre y todos en la casa lo saben, aunque ella siempre se esfuerza en disimular tan descarada preferencia. Con todos los petates en orden, el muchacho se dirige hacia la puerta de salida, donde Zoe y Dimitra le cierran el paso. La incertidumbre que ha traído la guerra consigo ha ablandado el corazón de todos en la casa, lo que se ha hecho patente en las despedidas cotidianas: beso doble, uno en cada mejilla antes de trasponer la puerta. Y en esta ocasión, José no logra zafar del ritual. Sin

embargo algo en su interior le impulsa a tomar el sabor de ese momento de singular emoción con más detenimiento que en otras ocasiones: se deja abrazar por su madre como nunca lo ha permitido hasta entonces y cuando toca saludar a su hermana, por ser él mayor que ella, la rodea con sus brazos como antes hiciera Zoe con él. Pero no suelta los trastos al hacerlo, de modo que Dimitra a poco queda inmersa en un abrazo que sabe a pan de trigo candeal recién horneado.

–No me esperéis despierta madre –dice José antes de perderse en la oscuridad de la noche. No ha hecho más de diez zancadas cuando, casi en el umbral de la esquina, Esteban se le aparece como un espectro evadido del cementerio de San Mocio¹¹.

–Voy contigo –le grita a la pasada, mientras corrige la distancia de sus propios trancos para ajustarlos a las de su compinche. Cuando logra hacerlo se apiada de la incomodidad que incordia el andar de José y de un manotazo le arrebató una de las canastas que, de ahora en más, cargará él.

Pronto la silueta de Santa María de los Mongoles queda a espaldas del juvenil dueto que, acto seguido, enfila hacia el bajío ubicado más allá del complejo de San Salvador Pantocrator¹². Los jazmines y las rosaedas que pueblan los jardines en torno al acueducto de Valente llenan con su fragancia todo el espacio abierto que separa dicha mole con el perímetro contiguo de San Polieucto¹³, donde las ruinas de la antigua iglesia parecen huesos dispersos de un viejo esqueleto de calavera desdentada. José y Esteban, luego de cruzar la Mese, esquivan las piedras como pueden pegando barquinazos y, ni bien trasponen la última arcada desvencijada, toman el camino que lleva hacia la columna de Marciano. El terreno se torna ondulante y con altibajos a partir de este punto, pero a la altura de Constantino Lips¹⁴ la pendiente se desacelera degradándose en una amplia planicie que acaba justo en el cauce del Lycos. Del arroyo solo sobreviven algunas acequias de lecho enlodado que riegan una zona de árboles frutales, otrora un populoso barrio fagocitado por la miseria provocada por la guerra civil del siglo anterior. Hacia adelante, la silueta de los cipreses que pueblan los alrededores del cementerio de San Mocio, son una buena señal para el dúo de corredores, pues constituyen el hito por excelencia para acceder a la puerta donde les aguarda Manuel: San Román civil. El trayecto desde Santa María de los Mongoles les ha tomado aproximadamente una hora, lo que en medio de la penumbra es todo un récord. Cuando por último aparecen ante las linternas abovedadas de la gran puerta y arremeten hacia lo alto para alcanzar el camino de ronda, el poco aliento que aún les queda es devorado sin miramiento por la estrecha escalinata que todavía les separa de su destino final.

–Llegamos –dice José con una amplia sonrisa, tocando el hombro de su padre, que se sobresalta al escucharles, medio dormido como está con la nuca apoyada contra la base de una cuarteada almena–. Hemos debido tomar el camino más largo; de lo contrario, habríamos sido despojados por los guardias de los puestos de vigía que se han establecido entre Carisios y Blaquernas.

–Comprendo –dice Manuel abrazando a su hijo para saludarle–. Amigos, acercaos, que el complemento de provisiones ha llegado. ¡Acercaos a comer!

Pese a la acuciante necesidad, no se producen tumultos entre los soldados que, presurosos, llegan para compartir la valiosa carga que han traído José y Esteban. Son una mezcla de hombres de diferentes nacionalidades a los que solo une el deseo de conservar esa ciudad que muchos han adoptado como hogar y patria: griegos, rusos, francos y un par de turcos renegados. Aunque también hay algunos mercenarios que han venido procedentes de las repúblicas marítimas italianas, a instancias del Papa y de los desesperados ruegos del basileo Constantino: se trata ni más ni menos que de los despreciables genoveses y venecianos. Sin embargo, con el combate en ciernes, nadie en esta ocasión se opone a compartir el pan tanto más por cuanto en las horas supremas de angustia que se avecinan habrán de luchar hombro con hombro, como si se tratase de verdaderos hermanos.

– ¿Cómo está vuestra madre?

–Muy bien padre, aunque muy rezongona. Os extraña horrores y no le ha gustado para nada vuestra negativa de dejarle venir a ayudaros.

–Faltaba más; alguien debe permanecer en casa para cuidar a Dimitra –se exclama Manuel, a la vez que observa fijamente a los ojos de su hijo para adivinar si éste ha entendido la indirecta.

– ¿Estáis diciendo que hoy me dejaréis participar en la lucha? ¡Al fin podré emplear el arco luego de cargarle durante tantas noches en vano! –exclama José sin poder comprender por qué las facciones de su padre se han tornado súbitamente pétreas, como si un fantasma hubiese aparecido de improviso.

– ¡Vaya! Parece que al fin nos han enviado refuerzos –dice entretanto una sensual voz de mujer que parece hacer de contrapunto a los guturales sonidos que el campamento musulmán no cesa de emitir entre oraciones, amenazas y descaradas arengas.

Sin detenerse un instante, la dama Irina, hija de un prominente noble griego de la ciudad, continúa su camino acompañada por Jean de Coucy y Guillaume de Ivry. Se

trata de los capitanes de la torre de junto que han venido a acordar la estrategia para enfrentar la siguiente arremetida de los otomanos, que todos esperan para antes del alborar. Vestida de verde y blanco, con sus larguísimos cabellos meciéndose al viento, y con un descomunal garfio calzado en su mano derecha, la mujer remata el silencio que ha causado entre el auditorio con una acogedora sonrisa que se apaga tan pronto como la oscuridad engulle al grupo.

– ¿Esa es Irina, la dama que ha sembrado el terror entre los paganos con sus audaces salidas nocturnas? –pregunta entretanto un ojiplático y boquiabierto José, sin poder salir de su asombro. A su lado, Esteban está tan absorto que parece petrificado por la sorpresa y la conmoción.

–Venid, par de patanes, acompañadme que os llevaré con el capitán para que os asigne un lugar en los muros.

II

Madrugada

Medianoche y, a poco, madrugada. Las horas se suceden irremisiblemente entre un trémolo de sensaciones que los defensores viven con singular intensidad, como si se tratase del último regalo del Altísimo. Aún pudiendo dormitar un rato, tal como lo han sugerido los capitanes, nadie quiere perderse la ocasión de sincerar sus corazones: quienes no oran, se confiesan, se dan la paz o simplemente ríen compartiendo antiguas anécdotas de la juventud. Pero ni uno solo deja por un instante de bruñir su escudo y afilar su espada. Manuel, por su parte, no para de alternar cariñosos abrazos con su hijo y agradables recuerdos que siempre tienen como protagonista central a su amada Zoe. Por fin, a eso de las cuatro de la mañana, los címbalos y tambores turcos, sonando con estrépito, anuncian que la hora de la verdad ha llegado. En las murallas todos corren a ocupar sus posiciones mientras que, desde el corazón de la ciudad, las campanas de las iglesias empiezan a repicar llamando al combate. Al escucharlas Zoe y Dimitra se toman de la mano en su casa del Fanarion y solo atinan a prender un par de velas frente a un sagrado icono de la Virgen, a quien le dedican la siguiente letanía. Pero el sonido del primer cañonazo que lanza el monstruo construido por Urban¹⁵ les deja estupefactas y en silencio, ya que ambas saben que el destino de sus balas es precisamente la puerta de San Román. Para colmo José no ha regresado, y la angustia por su ausencia transforma la ansiedad de Zoe en un mar de lágrimas que Dimitra no puede enjugar por más que pone todo su empeño en ello.

Segundo cañonazo. La mampostería se desprende en grandes trozos que caen dejando enormes huecos y grietas donde antes hubo ladrillos y piedra. José, sorprendido y algo atontado a causa del estruendo, mira entre el espacio vacío que separa dos almenas hacia el campamento del sultán, adonde los regimientos de tropas irregulares, los “bashi-bazouks”, ya aúllan prestos a entrar en batalla. Demetrio Cantacuzeno, el capitán de ese sector de la muralla le ha mandado junto con Esteban a lo alto de una de las torres del megateíchon, donde muy pronto una partida de logística les aprovisiona de saetas y flechas. Desde esa posición y siguiendo el ejemplo de los arqueros y ballesteros italianos que les rodean, deben cubrir con sus disparos a los que, espada en mano, pelean delante. Cuando los portaestandartes otomanos empiezan a acercarse superando

los restos rellenos del foso, José hace puntería y se cobra la primera víctima de la noche. El rostro desencajado del turco, que en una lastimosa secuencia de imágenes se desploma hincando las rodillas en el suelo para caer luego de lado entre otros tantos cuerpos sin vida, toma por asalto la conciencia del muchacho que nunca ha tenido que enfrentar un trance semejante. Sin embargo, el disparo de una culebrina pagana repicando muy cerca, contra la pared que le protege, le obliga una vez más a enfocarse en el combate. Varios metros más abajo, desde el camino de ronda del primer recinto amurallado, Manuel, observándole, no puede parar de preguntarse si hay una manera peor de perder la inocencia. Luego, cerrando los ojos un instante para volver a acomodar sus pensamientos, él también regresa a la batalla.

Una, dos, tres, las sucesivas oleadas de salvajes desarraigados que trepan los siete metros de la primera muralla apelando a improvisadas escalas de madera reciben todo el poder del fuego griego. Muchos caen envueltos en llamas y los que llegan dispuestos a ocupar su lugar les esquivan con desesperación para no prenderse fuego ellos también. Entretanto no cesan de arrojar sus venablos hacia lo alto, mientras a sus espaldas los almuecines prosiguen proclamando a viva voz que quien muera en batalla se convertirá instantáneamente en mártir de la única fe. Todo es un caos y la lucha no da tregua, pero a la vez que los sitiadores cuentan con suficientes tropas de refresco como para reemplazar a sus caídos varias veces, los defensores lloran la pérdida de cada compañero sabiendo que su lugar quedará irremediablemente vacío. Y mientras lo hacen, nubes de flechas y saetas remontan el cielo en ambas direcciones cruzándose en el camino con las balas de granito de los cañones del sultán y con los disparos de las culebrinas de sus secuaces. Las armas de fuego están dando que hablar, sobre todo el voluminoso cañón de bronce traído desde Adrianópolis¹⁶ por Mehmet, que escupe verdaderas rocas talladas que pesan alrededor de setecientos kilos. Los defensores, por su parte, responden el ataque con algunos pedreros y catapultas y con diminutos cañones que no son adversarios dignos para la artillería otomana. Pero pelean con valor y la duración de la batalla, que ha superado con creces los cálculos de tiempo más pesimistas hechos por los generales turcos, empieza a poner nervioso al sultán.

En el Fanarion, entretanto, las calles se han ido poblando por las personas que habitan las adyacencias, casi todas mujeres, niños o ancianos, y que a causa de la ansiedad no pueden conciliar el sueño. Zoe y Dimitra, sin soltarse de la mano, también

van y vienen entre el empedrado que reviste la calleja de enfrente y el umbral de su humilde pero confortable morada, donde las velas encendidas junto al icono de la Virgen ya han consumido la mitad de su cebo. Ambas corren desconsoladas fuera de la casa toda vez que el sonido de los pasos de un ocasional transeúnte es asociado con la carrera frenética de los mensajeros que regularmente atraviesan el lugar llevando las últimas novedades al siguiente puesto de mando. Entonces ellas como el resto del vecindario se forman paralelas sobre el cordón, comiéndose las uñas o apretando los puños de sus manos contra los labios, tan solo para descubrir que una vez más se trata de otro grupo de curiosos que marcha presuroso acuciado por la misma necesidad de información. Y cuando tienen la suerte de toparse con soldados, casi nunca obtienen respuestas excepto un brusco “*fuera de mi camino*” o un incomprendible “*non capisco*¹⁷”. Pero no pierden las esperanzas, confiando en que Dios no abandonará a los suyos ni a la ciudad en esas horas tan sombrías.

Nunca, ni en sus más extravagantes sueños juveniles de grandeza, se imaginó José que una guerra podría ser tan inhumanamente truculenta. Su padre solía decirle que cuando la campiña salpica sangre es por que la habitan demonios y ahora, con el lodazal rojizo y espeso que, desde el suelo trepa varios centímetros por las murallas, se da cuenta del significado de tales palabras. No muy lejos de allí, Manuel levanta la cabeza entre cada golpe de mandoble que asesta, para comprobar la condición del par de imberbes que lucha a escasa distancia, sobre el megateíchon. Y suspira aliviado cuando les descubre disparando en lo alto, entre las almenas y las regordetas nubes de fondo de un cielo que todavía se resiste a ofrecer algo de claridad.

A poco menos de cien metros en dirección del campamento enemigo, las hordas de “*bashi-bazouks*” se han reagrupado para realizar un último y desesperado intento por penetrar las defensas de la capital imperial. Su número, a pesar de las cuantiosas bajas que han padecido, sigue siendo descomunal, tanto que cuando finalmente reciben la orden de avanzar lo hacen en regimientos tan compactos que apenas tienen espacio para maniobrar. Esa es precisamente su mayor debilidad: desde un bisoño arquero hasta un niño podrían atinar con facilidad en el blanco y desde cualquier distancia. Y caen por millares: al que llega primero le sigue un segundo y a éste, a su vez, un tercero... y se van pisando unos a otros a medida que son abatidos. Pero no detienen su andar. Impertérritos, vuelven a apoyar sus escalas contra la áspera superficie de la muralla y,

tomando el impulso necesario, se aprestan a sortear los últimos metros que les separan de la cima. El premio prometido por el sultán para el primero que haga pié en lo alto de una torre, nada más ni nada menos que el gobierno de una provincia del naciente estado, enceguece a muchos en el intento. Por esa razón no se percatan que a tope de las almenas los círculos mortales descriptos por las hojas aceradas cristianas barren con cuanta cabeza se asoma del otro lado. Y vuelven a caer por millares, solo que ahora en dos partes seccionadas que bañan de sangre a los que esperan su turno más abajo.

– ¡Se retiran! ¡Alabado sea el Señor, se retiran!

Entre los defensores de San Román civil el júbilo es indescriptible y la aparente victoria es celebrada con interminables apretujones de manos y sonrisas que a poco son saludados con otro tañido de campanas en el que todas las iglesias de la urbe parecen haberse puesto de acuerdo. José, que no puede parar de burlarse desde las alturas de su reducto emulando a sus camaradas italianos, al fin se toma un respiro y, junto con Esteban, baja las escalinatas en busca de su padre. Al verle venir lanzado a toda prisa, Manuel abre los brazos de par en par y, agradeciendo a Dios, le aprisiona contra su pecho por un largo rato, visiblemente emocionado. Cuando por fin le suelta, su mirada ha vuelto a entornarse y sus gestos adquieren la virulencia de la adustez más empedernida de los rostros circunspectos. José, que conoce a su padre tanto como cada escondite de su calle natal, ya aventura para sus adentros dos probables motivos para semejante cambio: un regaño o, tal vez, la indeseable sospecha de quienes tienen experiencia en la guerra. El suspenso se funde con su impaciencia al momento de la consecuente pregunta que sobreviene.

– ¿Qué sucede, padre?

–Los musulmanes solo se han tomado un descanso para orar en el Salat Subh, es decir, durante el amanecer. No se ha ganado la batalla; únicamente nos han concedido un respiro mientras lamen sus heridas en la seguridad de su campamento. Esto se pondrá muchísimo peor en la siguiente hora –sentencia Manuel apesadumbrado.

Mientras tanto, justo donde la línea del horizonte juega entre el mar y el cielo tornando borroso el límite de la lejanía, la claridad del nuevo día empieza a ganarle espacio a la noche. Y, tal como lo presagiara Manuel, el llamado a oración que lanzan los almuecines viene a confirmar la peor de sus sospechas.

–Teníais razón, padre.

–Escuchadme atentamente José. Estas serán mis instrucciones para las horas venideras y deseo que las sigáis al pié de la letra... ambos –agrega Manuel abarcando también con la mirada a Esteban–. La batalla pronto alcanzará su clímax. ¿Cuándo? Os daréis cuenta fácilmente; será en el preciso instante en que los turcos transpongan el microteíchon. En ese momento quienes estamos a cargo de su defensa tendremos que decidirnos entre plantarnos delante de las puertas que permiten evacuar la zona o evadirnos por ellas con el consiguiente riesgo de que la vanguardia enemiga se nos pegue a nuestras espaldas, en cuyo caso el megateíchon también habrá sido infiltrado. Vuestra misión, tal como os lo hará saber oportunamente vuestro capitán, será cubrirnos con vuestras flechas y saetas hasta que, allá abajo, la lucha se decante hacia uno u otro bando y claro, espero que lo haga por el nuestro. Pero si ello no llegara a suceder, deberéis aprestaros a abandonar el lugar y huir como si os persiguiera el mismísimo diablo.

–No os abandonaré, padre –exclama José con resolución.

– ¿Pues quien se ocupará entonces de la seguridad de vuestra madre y hermana? ¿David? –pregunta Manuel–. Lamentablemente no sabemos nada de él. Por tanto habréis de moveros con la mayor rapidez posible para llevar a Zoe y a Dimitra donde las naves italianas, y tratar de abordar una.

– ¿Estáis diciendo que Constantinopla podría caer en poder de los infieles, padre? –inquieta José casi sollozando.

–Ello jamás sucederá –afirma Manuel–, pues aún cayendo en los hechos, pervivirá en nuestros corazones y habrá alcanzado la eternidad por los siglos de los siglos merced a la indulgente mirada del Creador. Sin embargo, pido al Cielo que no tengamos que soportar semejante tribulación.

III

Alba

Cañonazo. La formidable pieza de bronce, orgullo en las comidillas del sultán, vomita una nueva roca que se estrella entre las saeteras de una de las torres del microteíchon, cuya mole, tambaleando primero, se desploma después arrastrando a la muerte a sus defensores. Es un indicio sobre dónde concentrarán sus miras las bombardas turcas de ese sector, de modo que la guarnición sale disparada a ocupar sus antiguas posiciones. Entre el desconcierto, la confusión, los estertores, el silbido de las balas y flechas y el estruendo de los cañones, Manuel abraza a los dos muchachos, besa a su hijo en la frente y les envía de nuevo de regreso a la protección que ofrecen los trece metros de altitud de las torres del megateíchon. Él, por su parte, permanecerá como antes en el mismo lugar del segundo peribolos. Bien en su corazón ya ha tomado una decisión y solo espera que su hijo la sepa comprender a su debido momento.

En el campamento sarraceno, entretanto, el sultán ha dispuesto que las fuerzas regulares ocupen el lugar de los “bashi-bazouks” para acometer el nuevo ataque. Se trata en este caso de los temibles soldados anatolios, esto es, tropas provinciales del Imperio, una elite soldadesca mucho más disciplinada y mejor preparada que las ingobernables bandas de irregulares. Cuando el núcleo central comienza a formarse a lo largo de los restos del foso, la interminable línea de regimientos se extiende por más de un kilómetro, perdiéndose de vista hacia uno y otro lado de la puerta de San Román civil. Detrás de las paredes protectoras, los cristianos se estremecen ante semejante visión y durante algunos minutos permanecen en silencio, sin poder hilvanar una sola frase. A poco empiezan a alentarse entre sí, a infundirse optimismo, a reconvenirse y a consolarse. Entonces se produce una reacción en cadena, tan emotiva, que solo en las noches más oscuras del alma los hombres son capaces de manifestar de manera auténtica y espontánea. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, cada soldado cristiano se aproxima a su compañero de armas más próximo y, palmeándole en el hombro o abrazándole, le regala más o menos la siguiente proclama:

– ¡Tened fe! ¡Si Dios quiere, les destrozaremos!...

Pero todos, a la vista de lo que se les viene encima, se reservan para sí la segunda parte de la inconclusa oración a fin de no desmoralizar al resto: “... *aunque me parece que moriremos en el intento*”.

En la sección superior de la torre septentrional de San Román, José no para de madurar con cada minuto que pasa. Ante sus ojos se suceden lecciones de vida que ni ha pedido ni ha esperado recibir pero que discurren unas tras otras tan rápidamente que apenas consigue asimilarlas. Tan solo unas horas antes el tiempo le había sorprendido tonteando con alocadas carreras para ganarse la atención de las muchachas del barrio. No sabía entonces lo que era el amor y ahora se pregunta si alguna vez llegará a conocerlo... el amor de una mujer. Quizá sea una de las pocas asignaturas que le queden pendientes, mas todo lo demás lo está aprendiendo allí mismo, entre balazos y flechazos que buscan clavarse en su carne para arrebatarse el alma. Mientras tanto, sigue firme en su puesto, protegiendo desde su nido de águilas la vida de los que pelean en el endo parateíchon.

–Uffffff, otro cañonazo –dice para sus adentros. Ya ha perdido la cuenta de cuántas piedras han rebotado contra las paredes, pero ésta que ha caído ahora marcará el punto de inflexión de la batalla a juzgar por el terrible boquete que ha dejado. Como alertado por una premonición, José percibe el peligro de lo que sucede más abajo y empieza a disparar con los ojos desorbitados; la adrenalina acaba convirtiendo a sus manos en resortes y al arco que porta, en un instrumento de odio y desolación con el que no para de matar.

La última roca ha abatido casi enteramente la cortina defensiva donde pelea Manuel. No obstante, los soldados anatolios del sultán, al cabo de una hora de demencial arrojó, todavía no consiguen perforar la resistencia de los bizantinos. El sultán, advirtiendo que la presión está a punto de ceder justo en el momento en que las tremendas grietas invitan a un último y decisivo esfuerzo, manda a formar a los jenízaros para no dejar pasar la oportunidad. Hijos de padres cristianos, convertidos al Islam en la niñez y adiestrados como los mejores soldados del mundo, los jenízaros empiezan a avanzar al son de los tambores que marcan el ritmo de sus pasos. Caminan imperturbables, hombro contra hombro, sin hacerle asco a las nubes de flechas y al fuego griego que los bizantinos derraman sobre ellos. Donde uno cae, otro toma inmediatamente su lugar y donde otro hiere, un cuarto llega para rematar. Con pasos

firmes y seguros, moviéndose en masas impenetrables, pronto alcanzan el perímetro de la primera muralla que, a estas alturas, son un amasijo de ruinas dispuestas al azar.

Por hallarse en un puesto de avanzada, el momento crucial de la batalla llega finalmente para Manuel, pero no le toma por sorpresa. Desde que las fuerzas regulares del sultán empezaran a retirarse hasta el ulterior despliegue de los jenízaros, ha tenido el tiempo suficiente para dedicar un último pensamiento a sus seres amados. Y a decir verdad, dos o tres minutos le han bastado para empalagarse con bellos recuerdos de tiempos mejores, lejanos y no tanto. Dimitra, David y ese condenado muchacho que se esfuerza lo indecible para cubrirle con sus flechas allí, arriba del megateíchon, son los soles que alumbran sus días y que, como no podía ser de otra manera, aportan la luminosidad a esos últimos instantes oscuros de soledad y melancolía. ¿Y qué decir de Zoe? Todavía en esas horas de extrema ansiedad e incertidumbre resuenan en su cabeza las estrofas de la poesía que le obsequiara, años atrás, justo antes del primer beso:

*Eres el eslabón de oro
que une mi alma con mi corazón
eres el trozo de cielo
que funde mis sueños en una gran ilusión.*

Y ahora, con el mundo a punto de caerse, la nostalgia le mortifica, desgarrándole el alma. Porque teme no volver a ver a su tesoro.

Espada larga de doble filo que apenas se deja vislumbrar entre los hilos de sangre que, corriendo por su superficie, le roban el destello al metal. Un círculo, otro y otro más siembran la muerte alrededor de Manuel, sumiéndole en un entorno rojizo y largamente nauseabundo que invita al derrape si es que el equilibrio se pierde. En el endo parateíchon ya no se pelea a la distancia: los turcos han conseguido trepar la montaña de ruinas que una vez formaran parte de la famosa primera línea fortificada de Teodosio II, y ahora arremeten con sus cimitarras contra las corazas de sus adversarios. Los cristianos se batan con bravura, peleando brillantemente, y aunque son superados en número con amplitud, la puntería de los arqueros y ballesteros que disparan desde el megateíchon, ponen cota a esa superioridad que parece abrumadora. José, allá arriba, se ha convertido junto con Esteban en una especie de mascota y al mismo tiempo, de

talismán de la suerte. Los soldados italianos les han acogido con gran simpatía y, dado que conocen la causa de su presencia allí, parte de las flechas que disparan salen raudas a cubrir la posición de Manuel, para proteger su integridad. Pero los turcos son demasiados y, a excepción de los ingenuos muchachos, todos en las adyacencias comprenden la gravedad de la situación de aquéllos que se debaten al nivel del suelo. Y, claro está, del padre del niño.

Las últimas horas han transcurrido en el Fanarion con exasperante lentitud o al menos esa es la sensación que ha dejado la impaciencia en medio de la oscuridad de la noche. Zoe y Dimitra, cansadas de tanto ir y venir en busca de noticias, ahora se han acurrucado sobre un añejo arcón que no para de crujir cuando alguna se levanta para curiosear a través del papel aceitado¹⁸ de la ventana. Saben que la batalla arrecia por que los rugidos de las bombardas sarracenas se suceden en interminables ecos que ni siquiera sus oraciones consiguen acallar. Y cuando la claridad de la incipiente mañana comienza a sacudir la modorra del oscuro velo desplegado por la madrugada, el nuevo día encuentra a Dimitra dormida sobre el regazo de su madre. La espera, al menos esta clase de espera, duele como cuchillos clavándose en la piel, solo que en este caso lo que acaba desgarrado no es la carne sino el corazón. Y como toda agonía tiene su desenlace, ésta también está en busca del suyo.

– ¿Zoe? –la voz de Ana, una de sus mejores amigas, se escucha apenas entre los golpes secos que la mujer descarga sobre la descascarada puerta de entrada de la casa de los Chrisostomou–. ¿Zoe, estáis?

El inesperado llamado de Ana sobresalta a Zoe, que se ha quedado dormida, abatida por el cansancio, la ansiedad y la preocupación. Han sido tres o cuatro minutos de cabeceos constantes ya que no de sueño reparador y, sin embargo, a la mujer le toma otro tanto para volver a orientarse luego de abrir los ojos. Cuando consigue recuperar todos los sentidos, aparta suavemente hacia un lado a Dimitra que aún reposa sobre sus faldas, se incorpora y abre la puerta.

– ¿Qué sucede Ana?

–El metropolitano de Santa María nos ha convocado a una peregrinación para orar al Señor y rogarle por el bienestar de los que pelean en las murallas y por la salvación de la ciudad. ¿Vienes?

–Seguro –responde Zoe, mientras despierta a su hija tocándole el hombro con delicadeza.

No han terminado de transponer el umbral de la casa para volver a salir cuando una avanzada de corredores con los ojos desorbitados casi las arrolla. Llegan vociferando como dementes, con expresiones de pánico en sus rostros y moviendo frenéticamente los brazos como si quisieran espantar una supuesta парка que les sobrevuela de incógnito. Todo es confusión de repente, hasta que, aguzando el oído al filo de su capacidad, las tres mujeres consiguen descifrar las notas que componen la tremenda gritería. Y lo que escuchan les hiela el alma:

– ¡Constantinopla ha caído! ¡Constantinopla ha caído!

IV

Acariciando el rostro de las estrellas

¿Dónde? ¿En qué sector comenzó todo? ¿Cuándo el Señor decidió abandonar la ciudad y por qué razón?

Manuel, hiriendo y cortando, evadiendo y aporreando, se ha dado cuenta que algo extraño sucede más arriba, sobre los adoquines del megateíchon y sus torres. Observa con desesperación que los arqueros italianos han dejado sorpresivamente de disparar y que están abandonando sus puestos detrás de las almenas. Entre estocada y estocada trata de adivinar la razón y por más que le da vueltas al asunto solo una respuesta encaja a la perfección para explicar lo que está aconteciendo en las alturas, aunque él se niega de plano a aceptarla por simple incredulidad. José y Esteban siguen allí, cargando y recargando sus arcos, pero sus únicas dos cabecitas más la de Cantacuzeno, cuyo casco dorado es inconfundible a la distancia, es lo único que se deja ver.

– Pero ¿y los italianos? ¿Qué están haciendo? ¿Adónde van? ¿Se marchan? ¡Cobardes! –exclama lastimeramente alguien a su lado.

Algo ha ocurrido en alguna parte que ha puesto llamaradas en los ojos de los jenízaros, convirtiéndoles en verdaderas bestias sedientas de sangre. Su fiereza se ha redoblado y ahora combaten con singular ardor, como lobos persiguiendo a un venado solitario y malherido. Sin la cobertura de los arqueros y ballesteros occidentales, los griegos que se baten en el segundo peribolos no tardan en sentir sobre sus hombros todo el peso de la lucha. Para muchos, entre ellos Manuel, ha llegado la hora del sacrificio supremo y mientras matan y mueren, la gran mayoría se da cuenta de que aún puede convertir una jornada dolorosa en una victoria única que nadie les podrá quitar jamás. Las pequeñas poternas emplazadas en las esquinas de las grandes torres del megateíchon que sirven para evacuar a los soldados de las primeras líneas del sistema defensivo aún son una tentadora invitación a un último repliegue y a la vez, una maniobra altamente riesgosa. Porque a cómo está el combate, tan apretado y reñido, una fuga podría colar también a los turcos dentro de la ciudad, ya que no habría tiempo de cerrarlas una vez consumada la maniobra. Sin embargo, nadie se mueve de su lugar.

En lo alto de la muralla, mientras tanto, José y Esteban asisten perplejos al desenlace de la batalla. Aún no han podido comprender porqué la irrupción intempestiva de un mensajero informando sobre la retirada rumbo el puerto del gran capitán genovés Giovanni Giustiniani Longo, acabó precipitando el desbande de todos los italianos de las adyacencias. A poco, solo un puñado de combatientes, entre ellos ambos jóvenes, quedaron mirándose unos a otros sin saber qué hacer o qué decir. Hasta que José, volviendo a la carga, descargó el siguiente flechazo haciendo añicos la incertidumbre reinante. Esteban, por su parte, se acopló entre dos almenas para imitarle, mientras que Cantacuzeno, desenvainando su espada, prefirió marchar al encuentro de una muerte honorable.

Los turcos siguen llegando a borbotones, trepando por las montañas de escombros y de cadáveres que se apretujan en montículos macabros sobre las ruinas del microteíchon. Es una visión sobrecogedora que ya no deja lugar a dudas ni a dilaciones de ninguna especie. En consecuencia, Manuel empieza a hacer señas a su hijo luego de verificar que sus llamados se pierden entre el sonido de las arengas turcas, de los estertores y de los cañonazos que aún siguen haciendo blanco en lo que queda de San Román. Desea gritarle que se ponga a salvo, que corra ya mismo en busca de su madre y de su hermana para buscar refugio en algún barco del Cuerno de oro. Se desvive agitando su brazo libre pero es en vano. Ese condenado muchacho no pone atención y esta claro que no le hará cambiar de parecer aunque siga moviendo las extremidades por toda la eternidad. Distraído como está se convierte en presa fácil y un infiel se lo hace notar perforándole el estómago. Aún antes de comprender que la vida se le está escapando a través de la herida, cae de rodillas en el fango rojo y putrefacto y se desploma, agonizando.

Huyen por el camino de ronda del megateíchon, corriendo con desesperación hacia el castillo de Pempton. San Román acaba de caer, abierta desde dentro, lo que constituye un indicio incontrastable de que los turcos han superado las defensas en otro punto y que ahora se están diseminando sin control por la ciudad, como si se tratase de una infección letal invadiendo un organismo. José, que a lo largo de todo el trayecto no ha parado de maldecir por haber tenido que abandonar a su padre, no encuentra consuelo para aliviar su pena. No le sirve como desahogo haber disparado todas sus flechas hasta agotar la provisión del tarkasión ni que Manuel le hiciese señas hasta

último momento, tratando de convencerle para que huyera. Esteban le sigue de cerca, pisándole los talones y haciendo todo lo posible para llevar algo de aliento a su compañero. “*Más no podríamos haber hecho*”, le repite una y otra vez con ese propósito, aunque sin conseguir resultados efectivos. Lo único positivo del lamentable asunto es que en lugar de hundirse en la tristeza, José ha optado por descargar toda su impotencia en cumplir con la promesa hecha a Manuel unas horas antes: salvar lo que pueda de su familia a cómo de lugar. Aprieta por consiguiente los trancos.

El trayecto por el camino de ronda aún encierra peligros mortales para el dúo de amigos; las flechas, venablos, cuadrillos y saetas no paran de volar por los aires incrustándose en todo aquello con lo que entran en contacto: carne, piedra, metal, cuero y madera. Además, ni los fogonazos de las culebrinas ni el humo de los cañones cesan de escupir proyectiles a diestra y siniestra, sembrando caos y desolación por doquier. En Pempton, la batalla final sorprende a la dama del garfio en lo alto de la torre que utiliza como base. José y Esteban, pasando a la carrera por allí, la ven sucumbir, traspasada por numerosas cimitarras y lanzas, pese a los intentos desesperados de sus acólitos por apartarla de la línea de fuego. Irina, como le llaman los descendientes de los rus que pelean bajo sus órdenes, terminará siendo un número más entre las cuantiosas bajas que se cobrará la gran batalla. ¡Pero qué manera de morir con honor y gallardía!, se repiten una y otra vez los muchachos.

Pronto Carisios queda también atrás y cuando José pretende continuar el viaje hacia el Cuerno de Oro en busca de David, las patrullas turcas que barren la zona de Blaquernas le obligan a torcer el rumbo hacia el Fanarion. Al llegar a las proximidades de Santa María Pammacaristos¹⁹, Esteban le grita que se detenga. Se van a separar, dado que sus familias viven en sitios muy apartados entre sí. El abrazo consecuente es interminable y de nuevo las lágrimas surcan sus rostros. Lo último que ve José antes de emprender la siguiente etapa de su agotadora odisea es a Esteban escondiéndose de una partida de saqueadores que está pillando la zona a sus anchas. No puede perder más tiempo, así que, con todo el dolor del mundo, se aleja para no volver a voltear ya la cabeza. Y hace bien: detrás quedan imágenes de incendios infernales cuyas piras se elevan hacia lo alto del cielo, sin mencionar caravanas de cautivos que son arreados a fuerza de brutales bastonazos, como si se tratase de reses conducidas al matadero. Y cadáveres, muchos cadáveres de mujeres, ancianos y niños regados por todas partes o apiñados en enormes montículos según la manera en que los conquistadores han dispuesto la ejecución sumaria.

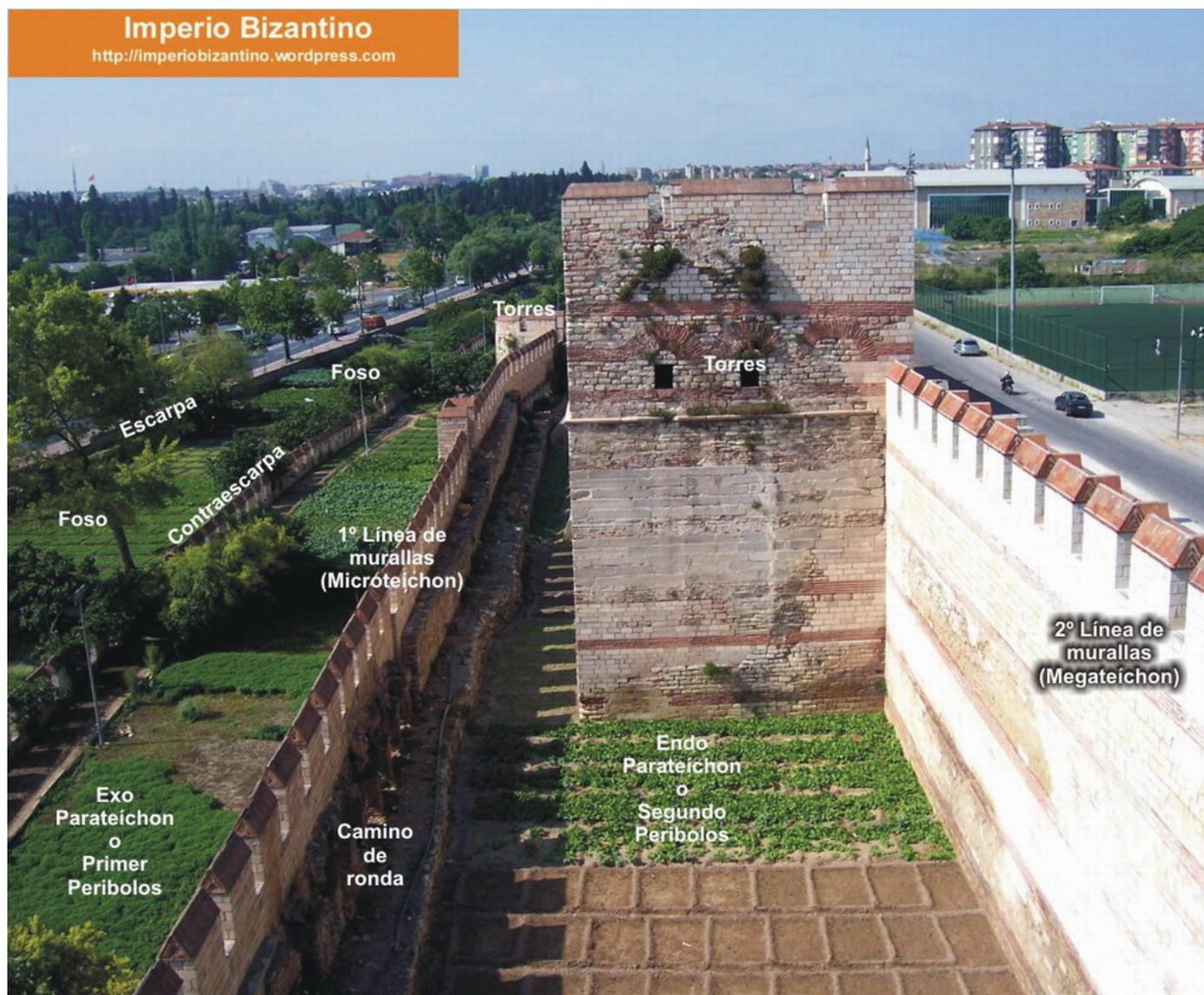
Su hogar no está lejos de todos modos. Pero allí delante tiene de nuevo a esa condenada loma que siempre parece esperarle para probar su resistencia y determinación. José está agotado, pero no recula; todo lo contrario, toma envión y arremete colina arriba, por la empinada cuesta que ahora le opone nuevos y más odiosos obstáculos: madres llorando sobre los cuerpos de sus hijos o esposos asesinados, monjas violadas que aún no logran recuperar ni el sentido ni la compostura, soldados infieles mancillando los templos del Señor, hombres de Dios arrastrados a los empujones hacia los centros de acopio de esclavos. Pero la imagen más escalofriante le toma por sorpresa ni bien alcanza el perímetro exterior del atrio de Santa María de los Mongoles. Bajando como un río embravecido, la sangre procedente de las matanzas que están teniendo lugar calles arriba, da vuelta por las banquetas dejando sus pies empapados casi hasta las rodillas. Y más allá, en dirección a su hogar, una larga hilera de mujeres y niños, formados en pares, entre los que consigue divisar a su madre y a su hermana, esperan su turno para avanzar hacia las cuchillas de los verdugos. Pero ahora ya no alcanza a sentir frustración, como le sucediera antes en San Román a la vista de su padre moribundo; un jenízaro que llega desde atrás lo traspasa de un lanzazo antes de que pueda reaccionar. Muere allí mismo, abrazado a las paredes de la iglesia.

La claridad es evidente y casi no permite distinguir a las estrellas en lo alto de la bóveda espacial. Pero él está decidido a acariciarlas en el rostro. Ya no se escuchan estertores, pues algunos turcos han ido rematando a los heridos mientras se tomaban el trabajo de despojarles de sus objetos de valor. Hace rato que José ha partido junto con su amigo siguiendo la senda del camino de ronda del megateíchon. Manuel les observó alejarse con alivio, y no paró de implorar para que la Providencia les acompañara en el camino. Y ahora, mientras un frío glacial se filtra por su tremenda herida invadiéndole el cuerpo desde las entrañas, él se considera afortunado y no cesa de agradecer a Dios. Pues tiene la dicha de regalarse un último recuerdo y quienes sino otros que sus seres amados para ocupar el papel central: David, Dimitra, José y el amor de su vida, Zoe desfilan por su mente por última vez. Hasta que al fin, estirando sus manos ensangrentadas simulando acariciarles el rostro, entrega su alma al Cielo.

V**Crepúsculo**

Una nave veneciana se apiadó al verle nadar en círculos, medio ahogado, rogando por que algún marinero se compadeciese de su infortunio. Minutos antes había deambulado sin rumbo por las humeantes calles del Fanarion, sin hallar trazas de su familia, hasta que apretado por las circunstancias, había debido saltar al agua en el Cuerno de Oro, a fin de salvar su vida. Ahora Esteban viaja solo sobre la galera italiana rumbo a la ciudad del Rialto²⁰. Pero lleva un tesoro consigo, ni más ni menos que la historia de los últimos instantes de Constantinopla y de la familia Chrisostomou, que narrará hasta el hartazgo para que sus recuerdos no se pierdan entre las gavetas del tiempo. Por ese motivo ahora mismo los está compartiendo contigo. ¿Podrías luego compartirlos con los vuestros para que su esfuerzo no quede trunco?

Anexo I: La muralla de Teodosio II



Para un mayor detalle sobre las especificaciones técnicas de las murallas teodosianas se recomienda la lectura de los siguientes artículos:

<http://imperio bizantino.wordpress.com/2011/02/11/las-murallas-terrestres-de-constantinopla/>

<http://imperio bizantino.wordpress.com/2011/02/15/las-murallas-terrestres-de-constantinopla-ii-parte/>

Anexo II: Santa María de los Mongoles



Imperio Bizantino

<http://imperio bizantino.wordpress.com>

Anexo III: Constantinopla en 1453.





- Otras referencias de interés:**
- 1 Iglesia de San Pedro y San Pablo.
 - 2 Monasterio de San Cosme y San Damián.
 - 3 Monasterio de Zoodocus Pege.
 - 4 Heptapirgion de Zenón.
 - 5 Puerta "Rota" (Bucoleon).
 - 6 Complejo de Constantino IX (Manganas).
 - 7 Antigua iglesia de Santa Sofía (Teodosio II).
 - 8 Barrio italiano de Pera (extramuros).
 - 9 Complejo de Romano I Lecapeno.
 - 10 Complejo de Romano III Argyros.
 - 11 Cripta de San Carpos y San Papiros.
 - 12 Iglesia de Constantino Lips.



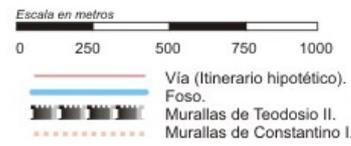
CONSTANTINOPLA hacia 1453.

Imperio Bizantino
<http://imperio bizantino.wordpress.com>

Referencias:

- A Constantino Porfirogénita.
- B Columna Serpentina.
- C Obelisco de Teodosio.
- D Constantino (Foro).
- E Constantino "Cemberlitas".
- F Muro de Focas.
- G Punto Cero o Million.
- H Cisterna de la Basílica.
- I Cisterna de Filoxeno.
- J Núcleo griego de la ciudad.
- K El Filadelfiún.
- L Monasterio de Gastría.
- M Cisterna de San Mocio.
- N Cisterna de Aecio.
- O Cisterna de Aspar.
- P Santa María de las Blaquernas.
- Q Torre de Isaac el Angel y Anemas.

- R Muro de Heraclio.
- S Muro de León V el Armenio.
- T Muro de Manuel I Comneno.
- U Barrio de los panaderos.
- V Puerta de Oro o Puerta Aurea (Primer puerta militar).
- W Puerta de Belgrado o segunda militar.
- X Cisterna de Botaniates.
- Y Santos Sergio y Baco.
- Z Cisterna de Teodosio.



	Monasterio.		Portón o puerta civil.
	Iglesia.		Portón o puerta militar.
	Palacio.		Muro, muralla o cortina.
	Foro.		Torre.
	Senado.		Neorion Nombre de puerto.
	Columna.		Cementerio.
	Cisterna.		Platea Barrio o Vecindario.

¹ Constantinopla, o lo que es lo mismo, la antigua Bizancio griega y la moderna Estambul turca, fue la capital del Imperio Romano de Oriente, mal llamado Bizantino, desde 395 hasta 1453. Su nombre procedía de su fundador, Constantino I el Grande, emperador romano entre 306 y 337.

² Noveno sultán otomano, que gobernó el Imperio turco entre los años 1451 y 1481.

³ Barrio emplazado al norte de la ciudad histórica de Bizancio, actualmente conocido como Fener, que estaba limitado por los suburbios de Petrion, al este, y las Blaquernas, al oeste, constituyendo el Cuerno de Oro su límite septentrional.

⁴ Filopation o Filopatío, era un barrio situado extramuros, a la altura de las puertas de San Román y Pempton.

⁵ El sistema defensivo de Constantinopla, erigido en tiempos del emperador Teodosio II (408-450), era un sofisticado complejo integrado por varios obstáculos que, desde afuera hacia adentro comprendía los siguientes elementos: a) escarpa, b) foso, c) contraescarpa, d) exo parateíchon o primer peribolos, e) primera línea de murallas o microteíchon, f) endo teíchon o segundo peribolos y, g) segunda línea de murallas o megateíchon. Los peribolos, tanto interno como externo, eran superficies lisas y abiertas de terreno que servían para movilizar a las unidades militares delante de las líneas de murallas (primera y segunda).

⁶ Véase nota 5.

⁷ Véase nota 5.

⁸ Santa María de los Mongoles, también conocida como la iglesia sangrienta (Kanlı Kılıse) por razones que se verán más adelante, era un templo fundado hacia la década de 1280 cuya denominación oficial hacía referencia a María Paleologina, hija del emperador Miguel VIII (1261-1282) y viuda del Khan mongol Abaga (1265-1282). Actualmente el edificio es una iglesia ortodoxa con horarios estrictos de visita para los turistas que se animan a remontar la aguda pendiente donde se halla emplazada.

⁹ Santa Sofía, la gran catedral de Justiniano I el Grande (527-565), seguía siendo hacia 1453 el centro de la vida espiritual del Imperio Bizantino.

¹⁰ El tarkasion bizantino es el equivalente del carcaj francés en sus varianzas tarchois o carquois y del terkech o tarkas persa, en suma, el recipiente donde iba a parar la provisión de flechas de un arquero que marchaba a la batalla.

¹¹ El complejo de San Mocio, en el barrio de Exokionion, estaba conformado por una cisterna, un cementerio y una iglesia.

¹² Construido entre los años 1120 y 1143 por el emperador Juan II el Bueno (1118-1143), el complejo de San Salvador Pantocrátor fue creciendo gradualmente: a la primera iglesia, dedicada a Jesucristo (San Salvador Todopoderoso o Pantocrátor), y promocionada por la emperatriz Irene Piriska (n.1088-1134), pronto se le añadieron una biblioteca, y salas para la atención de enfermos y pobres (hospital y geriátrico). Luego de la muerte de Irene, Juan continuó enriqueciendo el edificio para honrar la memoria de su difunta esposa: se añadió otra iglesia, Nuestra Señora de la Piedad (Elousa), que fue unida a la primera construcción mediante una capilla de menor porte, dedicada al arcángel San Miguel, que tiempo después serviría de morada final para los restos del propio emperador, de Irene y de su sucesor, Manuel I Comneno (1143-1180), entre otras destacadas figuras. De modo que bajo la égida de los Comneno, San Salvador Pantocrátor llegó a albergar a uno de los hospitales más prestigiosos del medioevo sino al más importante, el cual yacía en el ala correspondiente a la Iglesia de Elousa. En cierta medida, entre los años 1130 y 1180, el predio ocupado por el susodicho complejo llegó a convertirse en el espejo donde el arte bizantino recurrentemente ponía su mirada para hallar inspiración. Tras la conquista de Constantinopla por la Cuarta Cruzada (1203-1204), el edificio fue perdiendo gradualmente su esplendor hasta quedar casi en ruinas.

¹³ Iglesia construida hacia el año 524, a escasa distancia del acueducto de Valente, hoy completamente en ruinas.

¹⁴ Se trata de una fusión de dos iglesias; la más antigua, Teotocos Panacrantos, fue construida en tiempos del basileo León VI el Sabio, que rigió los destinos del imperio entre 886 y 912. La segunda iglesia es mucho más tardía y fue dedicada a San Juan Bautista. Teodora Paleologina, esposa de Miguel VIII Paleólogo, emperador entre 1261 y 1282, fue la mentora y propulsora de su construcción.

¹⁵ Se trataba de una enorme bombardera fabricada por un húngaro llamado Urban, que estaba compuesta por dos piezas de bronce unidas entre sí y que medía aproximadamente 8 o 9 metros de largo, pesando casi veinte toneladas.

¹⁶ Adrianópolis, la actual ciudad turca de Edirne, en Tracia.

¹⁷ “*Non capisco*”, italiano; en español, “*no entiendo*”.

¹⁸ El papel aceitado cubriendo las aberturas de las casas era la opción más popular contra el frío para quienes en la Edad Media no estaban en condiciones económicas de emplear cerramientos con vidrio.

¹⁹ Iglesia ubicada a muy escasa distancia de Santa María de los Mongoles.

²⁰ Venecia.

NOTA: Todos los derechos pertenecen a Guilhem W. Martin y se encuentran debidamente registrados según obra en expediente n° 912902, F. n° 203709, ante el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, Dirección Nacional del Derecho de Autor de la República Argentina. Registro de Propiedad Intelectual.

Las imágenes y los mapas pertenecen al autor de la obra.

Guilhem W. Martín. ©

<http://imperio bizantino.wordpress.com/>

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos



29 - 05 - 1453 - 00



Dedicatoria y agradecimientos:

Agradecer especialmente a Alba por sus valiosos aportes de información, y a mis amigos Galo y Eva. Dedicado muy especialmente a Nuria. Y, por cierto, a mi familia toda: Suny, Julieta, Octavio, Remo, a los viejos Arcadios I y II (Dios los tenga en la gloria a ambos mastines), a mi padre Oscar, a mi hermana Ana y a mis amigos de la vida cotidiana

